

Empezó a acariciarla, a abrazarla, a jugar con sus cabellos. Le dijo palabras ardientes y dulces, a usanza gitana...

Calixta cerró los ojos para no verle. Su docilidad era sólo aparente... Andrés entonces estampó un beso en la nieve de sus labios.

De pronto, surgieron del campamento recios clamores y se percibieron carreras desenfrenadas por la selva.

Se irguió al oír aquellos gritos desesperados. Alguien, al pasar, gritó envuelto en la noche:

—Nos robaron la *queyra*.

## CAPITULO IX

### EN SEVER-TURN

En estos tiempos de desconcierto siempre hay motivo para temer oscuras tracciones de malvados.

OTWAY.

EL hecho se realizó tal como Hubert lo preparara. Ya dijimos que los tres jóvenes emplearon el tiempo de espera en amojonar el terreno antes de la llegada de los gitanos. Solapadamente, Hubert trabajó por su cuenta y maquinó raptar a Odette en determinada forma. La joven asintió a todas sus sugerencias. Por lo demás, el plan era bien sencillo.

Al salir de la carreta mantuvo corta conversación con Sumbalo, el cual le invitó a quedarse a cenar y a pasar la noche en el campamento; pero Hubert se escudó en las órdenes recibidas y declinó todas las ofertas. Debía marchar en seguida... Subió, pues, a caballo y se fué a prudente marcha camino de Occidente,

con la confianza de hallar en aquel derrotero a Juan y a Rouletabille.

Un silbido le retuvo y quedó asombrado al ver a Juan completamente solo.

Este le dijo que Rouletabille quiso otear el campo por otra parte, y pidió ansiosamente noticias de Odette.

—Todo va bien—respondió Hubert—; los gitanos nada recelan y voy a volver a campo traviesa hacia el campamento para esperar en cierto paraje la llegada de Odette, que allí acudirá acompañada, sin duda, de la vieja Zina. Me la llevo e iré a buscarles...

—Le acompaño a usted—repuso Juan.

—Esto es comprometerlo todo... El campamento está muy vigilado... puedo ser descubierto. Por lo que a mí toca, nada arriesgo. Contaría que he vuelto para decir algo que se me había olvidado a la reina, y pasaría la noche en el campamento esperando una coyuntura propicia...

—Vaya usted, pues—dijo Juan—, y que Dios nos auxilie.

Una vez que Hubert se marchó, Juan, a su vez, se acercó al campamento, dispuesto a seguir y espiar de lejos a su rival. Pero pronto perdió la pista. Se detuvo en un altozano, desde el cual podía divisar toda la purta, hasta las lindes del bosque, cuando la luna asomaba entre dos nubes.

Media hora después de la partida de Hubert, Odette

abría la puerta del carromato. Resguardados, detrás de sus chozas trashumantes, del viento que soplaba con fuerza, los gitanos cenaban tranquilamente. Zina la vió y corrió hacia ella.

—¿Quieres por fin comer, resplandor de mi existencia?

La vieja se alborozó al oír que Odette se avenía a mojar un poco de pan moreno en un cazo de leche.

La joven expresó luego el deseo de pasear un poco por los alrededores del campamento antes de irse a acostar. Zina la echó una pañoleta a los hombros y se dispuso a acompañarla. Los gitanos no las molestaron. Sabían bien que no podrían salvar el cordón de centinelas, todas las noches apostados para vigilar a su reina.

Odette fué internándose cada vez más en el bosque con paso indolente y entreteniéndose en arrancar en torno altos helechos.

—Quiero dormir esta noche en lecho de hierbas; estoy harta ya de tu puerco camastro de vieja y adorable bruja.

Zina, esclava de sus caprichos, se apresuró a amontonar a su vez helechos...

Y de pronto, al levantar la cabeza, ya no vió a Odette.

Frente a sí percibió el remolino del ramaje. Gritó. Llamó. Le respondieron con otros gritos, que se trocaron luego en abominables juramentos. Le gritaron.

—¡Han robado la *queyra!*

Siguió un tumulto y desorden indescriptible. Los gitanos brincaron sobre las armas. Por todas partes carreras desenfrenadas... y la llegada enloquecida de Calixta, seguida de Andrés. ¡Ah! ¡Cómo se irguió Calixta! Con qué grito de rabia arrojó de sí al gitano:

—¡Me juraste que no la perderías ojo! Ya nada te debo.

Realmente, la que pasó el peor cuarto de hora después de la terrible algarada, fué la pobre Zina... ¡Ah, la *udsheial!* (la perra). Fué apaleada, hecha trizas y maltrecha con ardor incomparable. Mientras la contigua llanura resonaba con estruendo al galope de los gitanos, el campamento se henchía de clamores de la vieja. Algunos no titubeaban en hacerla cómplice de la evasión de Odette, y se cobraban la traición con harta crueldad. Las mujeres, rabiosas, se prendían de su moño. Seguramente la vieja hubiera perecido si no interviene a tiempo Sumbalo, que consiguió soltasen la presa aquellas harpías.

Juan, al oír los gritos y los tiros, dedujo que Hubert salió triunfante de la empresa. Se dispuso a reunirse con él, tanto para ayudarlo como para evitar que se fuese solo con el precioso botín.

Quedó un momento erguido sobre el pezón del altopiano que le servía de observatorio y trató de husmear a través de las densas tinieblas que amurallaban la perspectiva. Entre dos nubes apareció la faz de la

luna, y a su luz vió la carrera desenfrenada de los cingaros, que instintivamente tomaron la dirección del Este; pero si él los vió, ellos también le vieron.

Grandes clamores acogieron su aparición. Indudablemente, le tomaron por el raptor, y apenas tuvo tiempo de volver el caballo y escapar con la mayor ligereza.

Pero los gitanos corrieron tras él, alentándose con feroces gritos. No disparaban sus armas contra aquella sombra ecuestre fugitiva por temor de dar a la que era objeto de todas sus ansias.

Juan pudo llegar a la carretera; pero vió que iban a alcanzarle, y de pronto, desesperadamente, se escondió en el saucedal contiguo a una laguna.

Allí, sin titubear, abandonó el caballo y se echó al agua, ganando a nado la otra orilla después de mil esfuerzos para no hundirse en el fango.

Entonces, extenuado, se acostó en el cañaveral y esperó los acontecimientos, imposibilitado por el momento de nuevas resistencias.

No lejos de aquel paraje percibió los pasos de los que le perseguían con alocado tumulto y el oleaje revuelto de los hierbajos. Por acá y acullá danzaban antorchas... Cerró los ojos...

Hemos de decir que Hubert apenas dió señales de vida. Permanecía con Odette en un árbol. Su caballo, atado al pie de una barranca, se entretenía en devorar el pienso de avena que llenaba la bolsa que su dueño

le ató del cuello antes de abandonarlo, y no daba tampoco señales de existencia.

Cuando empezó a amortiguarse el tumulto por la parte del campamento y los jinetes se abismaron en la noche, como locos que cabalgasen en las tinieblas, bajó de su refugio y se llevó a Odette en brazos.

Pronto dió con el caballo; montó en él a Odette y de la brida guió al animal. Mil rodeos dió en el bosque. No titubeaba. Sabía bien adónde iba.

De vez en cuando, reconoció un hito y aceleraba un poco el paso.

Era aún de noche cuando salió de la purta en dirección del Norte, por donde nadie seguramente le buscaría.

Entonces, de un salto, montó a caballo. Con un brazo retenía a Odette, que iba delante, y su corazón saltaba al sentir junto a su pecho a aquella joven vida.

—Como antaño—le susurró al aromado cuello; e hincó las espuelas en los ijares de la bestia. Esta, en su carrera, despedía al espacio las piedras del camino con sus ardientes cascos.

Sí, como antaño, cuando Odette, niña aún, iba a la grupa con él en alas del viento de Camargue. Como antaño, cuando no podía prescindir de él, cuando le consideraba el más hermoso de «los mayores». Como antaño, cuando le amaba con su corazoncito sencillo y salvaje...

¿Cómo no amarle aún? ¿Había acaso él cambiado? ¿No era él tan fuerte como antes? ¿Qué temía en el mundo? ¿A Juan, que durante su ausencia se había subrepticamente introducido un momento en el corazón de aquella niña? ¿A Rouletabille, que a su vez le había también reemplazado... breves instantes? La verdad—se decía—es que Odette continuaba siendo muy niña y pronto se borrarían los sentimientos pasajeros que habían conmovido un momento su corazón ingenuo: en cuanto no le viese más que a él, a Hubert.

Al amanecer llegaron a una honda calzada que a poco trecho terminaba en una torre antigua, medio destruida, y al acercarse a ella echó a volar una bandada enorme de palomas.

—Aquí es—dijo Hubert.

Odette no había aún desplegado los labios.

Se deslizó del caballo y Hubert la llevó a una sala del piso bajo con muchos y sonrientes cumplimientos.

—Este es su palacio, mi reina.

Pero Odette no se sonrió.

Las gracias de Hubert la atemorizaban sobremedera.

Le miró un segundo y volvió la cabeza, avergonzada: ¡así Hubert la devoraba, al parecer, con la llama de sus ojos!

En los primeros momentos Odette había visto en Hubert a su libertador; pero al verse sola con él en el recinto de aquella vieja torre perdida en un desierto,

donde no podía esperar socorro alguno, pensó con angustia si no hubiera sido preferible seguir secuestrada por los gitanos, que la prodigaban tantas muestras de adoración y de respeto.

En el fondo, ninguna confianza le inspiraba Hubert, pues hartó conocía su brutalidad, célebre en la Camargue; y si se avino tan fácilmente a seguirle, fué porque él se aprovechó del aturdimiento, o más bien de la depresión moral que le produjo el saber que Juan permanecía en Francia sin haber intentado nada para salvarla.

¿Por qué le había creído? ¡Quizás mintiera! ¡Seguramente había mentido! Harto conocía a su Juan. ¡Era incapaz de semejante traición! El traidor, el malvado, era Hubert... Y allí estaba, a solas con él... La pobre niña tembló de miedo.

No se atrevía a mirarle. Para tranquilizarla, Hubert se había alejado un poco, y ahora, al parecer, sólo atendía «a los cuidados de la casa». De antemano había preparado aquel reducto para poder pasar en él unas horas de reposo y de respiro. Aquella parte del recinto estaba relativamente aseada, pues recientemente se la había limpiado de toda clase de residuos y ruinas, que por doquier la obstruían. Cascotes desprendidos del techo fueron agrupados en forma de hogar donde encender unos tizones con que se calentara Odette si le hiciera falta. Una cama de helechos, cubierta con una manta, estaba dispuesta para ella...

En fin, había ya encendido una lamparilla de alcohol para hervir agua con que hacer té.

En esto le preguntó si quería unos sorbos de alcohol para entonarse, y le presentó el vaso de su cantimplora; pero Odette no lo aceptó. Entonces sacó de un agujero de la muralla algo guardado allí de intento, y la dijo:

—¿Una tortilla? ¿Comerá usted una tortilla?

Eran huevos de paloma. Odette sonrió. Hubert ya no la miraba y la niña recuperó la confianza.

—Sí, una tortilla; usted ha pensado en todo... No sé cómo agradecerse.

—Yo debo darle las gracias— contestó Hubert— por haberse avenido a seguirme.

Hablaba sin levantar la cabeza y de rodillas, en disposición de batir los huevos en un plato de estaño.

—¡Vaya comidita que vamos a hacer!

—¿Cree usted que estamos fuera de peligro?— preguntó por decir algo, pues advirtió que el silencio mutuo la pesaba más que la conversación.

—¡Ya lo creo!— afirmó Hubert—. Hemos despistado a esos diablos de cingaros... Para mayor seguridad viajaremos sólo de noche. Mañana daremos con una ciudad, tomaremos el tren y en dos días nos plantamos en Francia.

—¡En Francia!

Odette pensaba en Juan; pero no se atrevía a pronunciar su nombre. Mencionó a su padre.

—Sufre mucho—le dijo Hubert—. Su rapto le ha anonadado... Y luego, ¡qué escena terrible se desarrolló la víspera entre nosotros! Si cometí el error de escribir a usted aquella carta, usted cometió el de enseñársela... En fin, cuando me enteré de su increíble rapto, me apresuré a pedirle perdón y me puse a su disposición. Se hallaba a la sazón con el señor de Santierne. Hubo entre los tres mutuas explicaciones. Ya en el punto a que habían llegado las cosas, su padre no nos ocultó el origen de usted...

—Los gitanos la han apresado—nos dijo—porque es una princesita cingara. ¡Su madre fué una romancha de Sever-Turn!

—¡Dios mío, pues era cierto!—exclamó Odette con voz apagada—. ¡Soy hija de una gitana!

—¿Por qué le avergüenza su origen?—subrayó tranquilamente Hubert—. Su madre, al parecer, fué de noble linaje, y ello motiva su desgracia... ¡Pero yo he jurado de hacer a usted feliz!... ¡Yo...!

A estas palabras siguió un silencio horriblemente abrumador. Odette percibía los latidos sordos y acelerados de su corazón en el pecho.

Hubert repuso:

—El señor de Santierne ya no esperó el final de la conversación. Nos dejó, luego de manifestar que un Santierne no se casaría jamás con una gitana, con una niña de la carretera...

Odette, apoyada en el muro, ocultaba el rostro con

las manos... y se hubiera desplomado si Hubert no la sostiene.

—Era indigno de usted—agregó éste—. ¿No le ha juzgado usted aún? Odette, sólo yo quiero a usted... Siempre la amé, Odette.

La niña sollozaba. Ni siquiera advirtió que estaba en sus brazos; él entonces, desasiendo bruscamente el abrazo, con un gesto maquinal cogió aquella cabecita adorada, bañada de lágrimas, y besó locamente sus labios, entreabiertos por la desesperación.

El fuego de aquel beso devolvió a Odette de repente todas las fuerzas. Con ademán irresistible tiró a Hubert con tal ímpetu, que si no se apoya en el muro cae el mozo ridículamente en tierra.

—¡Para esto me ha salvado usted!—le escupió ferozmente a la cara—. ¿Sabe usted? Prefiero a los gitanos.

Parecía una leona. No la reconocía.

Odette, de un brinco, se plantó en la puerta; pero Hubert se le adelantó, y, cogiéndola con sus horribles manazas, la arrojó con brutalidad sin nombre al fondo de aquel cubil por él elegido, y le dijo con sorna henchida de amenaza:

—¿Prefieres a los gitanos? Que tu destino se realice, Odette.

## CAPITULO X

TODA LA CULPA DE ROULETABILLE...

**J**UAN, vencido por el sueño, acabó por dormirse. Se despertó al amanecer. Los recuerdos de los acontecimientos del día anterior irrumpieron en tropel a su cerebro. Se arrastró con cautela breve momento entre las cañas... Ningún ruido en torno... Ya tranquilo, se levantó... Ya no corría peligro... Pero ¿qué había sido de Odette? ¿La habían alcanzado los bohemios? Y si Hubert logró salvarla, ¿qué era de Hubert?

Más que nada le atosigaba este último pensamiento.

Dió unos pasos y contempló una llanura envuelta en el vaho de los primeros resplandores del día... Toda la superficie de la tierra parecía un océano de dorado verdor con esmaltes de otros mil colores... Entre los tallos delicados y secos de altas plantas crecía un piélago de campanillas silvestres azules, encar-

nadas y de color violeta. La escordia erguía su pirámide de flores amarillas. Las amapolas dejaban caer bajo su huella manchas sangrientas... El espacio se llenaba de mil cantos de pajarillos... Se percibía a lo lejos el agudo clamor de una bandada de patos silvestres, que como espesa nube volaba sobre algún lago perdido en la inmensidad.

—Esto es el paraíso—dijose Juan—, y me muero de hambre.

Iba desprovisto de todo... Su caballo fué sin duda apresado por los gitanos... A lo lejos, hacia el Oeste, se divisaba la humareda de un villorrio..., pero no se dirigió hacia él. Le absorbía enteramente la obsesión de Hubert y de Odette... ¿Dónde se refugiaron para escapar de los cíngaros? Paseó la mirada por la llanura y atisbó a algunos centenares de metros hacia la derecha un bosquecillo que con el saucedal contiguo a la laguna, salvada por él a nado, constituía el único paraje adecuado para esconderse.

A toda costa quiso, antes de abandonar aquellos parajes, revisar aquel bosque, y a poco se internaba en él.

Iban buscando sus ojos por la vereda huellas reveladoras, como había visto que solía hacer Rouletabille..., pero nada de particular atrajo su atención... ¡Ah! ¡Ese Rouletabille! Toda la culpa era suya... ¿Por qué los dejó? En primer lugar, y por muchas razones, no debieron nunca separarse los tres...

El recuerdo de la conversación que mantuvo con Hubert surgía despiadado en su espíritu.

Cada vez le parecía más sospechosa, más incomprendible la actitud del repórter... Juan ya no creía en nada, y ciertamente no tenía confianza en Rouletabille...; por lo demás, el repórter no le había enviado recado alguno...

Juan, en medio de la soledad del bosque, se sentó en el tronco derribado de un árbol, con el que tropezó su inseguro paso, y púsose a reflexionar... ¿En qué?... En el fondo sólo sabía una cosa... una cosa con entera certeza... ¡que era el más desgraciado de los hombres!

De pronto levantó la cabeza: había oído un ruido; se abrió el ramaje y apareció un hombre; era Andrés...

—Al fin te encuentro—le dijo el gitano...

Así se presentó también a Rouletabille en el bosque de New-Wachter, pero allí fué para espantarlo... Ahora no parecía ansioso de separarse de Juan.

—¿Me reconoces?—le dijo.

—No—le respondió el mancebo—... ¡Tengo en tan poco a la gente de tu raza... pero recelo que no eres un amigo...!

—Soy el que amaba a Calixta y a quien tú se la has robado—replicó Andrés con aspereza...

—Pues bien, estamos en paz... Yo no quise a Calixta, sino que quiero a una joven que tú me has arrebatado. Andrés, pues así te llamas, ¿quieres ganar una



fortuna? Por lo que toca a Calixta, vive ya tranquilo: no la cogeré de nuevo; pero ayúdame a recuperar a Odette y te haré rico...

Andrés contestó a la oferta con sonora carcajada, a la cual se agregaron otras no menos expresivas...

Juan volvió la cabeza y comprobó que estaba rodeado de una docena de gitanos armados que le observaban con caras de empedernidos criminales.

Dió unos pasos para franquear el círculo que le envolvía, pero chocó con pechos sólidos como murallas, y con acres gestos de rechazo.

—Eres prisionero nuestro—declaró Andrés.

—No vamos a volver de la cacería con las manos vacías—expuso el estañador Monoko con el más puro acento de Pezenas.

Juan se volvió hacia él:

—Eres paisano y quizás lleguemos a entendernos si eres algo menos salvaje que éstos; por lo que acabas de decir, deduzco que no habéis hallado a la joven de Camargue. Infórmame y no te arrepentirás.

El otro levantó los hombros y le volvió la espalda.

—Ea, síguenos—dijo Andrés...

Y hubo de seguirles. En una palabra, él fué el que se arrojó en sus manos. Al no hallarle entre las cañas le buscaron en el bosque y allí se apostaron en espera de la aurora. Desde allí pudieron otear el llano y divisaron a Juan. Evidentemente, al parecer, Odette logró escapárseles.

La idea de haber sido salvada por Hubert no le alborozaba ciertamente.

Estaba cansado... Cada vez más abrumado por la insoportable obsesión de aquel Hubert libre de disponer de Odette... Para colmo de desdicha, había de renunciar por lo pronto a unirlos...

¿Qué pretendían hacer de él aquellos bandoleros? Acababan de desarmarle y caminaba cautivo, rodeado por la partida.

Cosa rara: este último lance le dejó casi indiferente respecto de la suerte que le esperaba. Realmente no pensaba sino en Hubert para odiarle y también de vez en cuando en Rouletabille para maldecirle...

Los gitanos le llevaron por caminos impracticables para esquivar la carretera y toda vereda y sendero. Al anochecer llegaron al campamento.

Profunda consternación reinaba allí. Cuando los que en él se quedaron vieron que no les devolvían a la *queyra*, prorrumpieron en rabiosos gritos y horribles amenazas contra Juan, seguidas de mil lamentos.

Las mujeres cubrieron de ceniza sus cabezas... Zina parecía presa del demonio. Invocaba a todas las divinidades cíngaras en loca algarabía.

Por no saber qué hacer, volvieron otra vez todos contra Juan con feroz algarabía. Calixta apareció de pronto y no fué la menos enfurecida, y hubo de intervenir Sumbalo en el momento en que excitaba a los

demás a una venganza inmediata... Juan no reconocía a aquella furia.

¿Cómo? ¿Era aquélla la queridita caprichosa y descuidada que él ataviara durante dos años cual a una muñeca y de la que creyó hacer una parisién? Toda la fuerza salvaje y primitiva de la raza ascendía a sus ojos en llamaradas coruscantes y a la garganta en forma de amenazas e injurias, en las cuales se mezclaba el pronóstico de los peores suplicios a las aserciones más ofensivas a la virtud de la madre que había engendrado semejante monstruo.

—El patriarca sentenciará —expuso Sumbalo—. Sólo él puede fallar tan horroroso crimen.

Y terminó pronunciando un discurso para apaciguar a la turba.

La propia Calixta se alejó, dejando a Juan tranquilo un instante.

Sumbalo se acercó y le dijo:

—Sólo hay un medio de zafarte, rumí, y es decirnos dónde está nuestra reina... Tú debes saberlo.

Juan no le contestó. Entonces también Sumbalo se marchó muy enojado. ¡Aquél era el trance más funesto de su vidal! ¡Haber dejado escapar a la *queyra*! Afortunadamente, llevaba a *Sever-Turn* a un *gachl*. ¡Sobre él caería la cólera de todo el pueblo!

Procuró que llegase vivo. Así, mandó que le diesen algún alimento.

En las horas siguientes, otros gitanos que se entre-

tuvieron largo rato buscando la pista de Odette volvieron intensamente deprimidos. No podía consolarles la nueva de la captura de un rumí. Le enseñaron los puños y luego fuéronse a acostar.

Las hogueras languidecían.

Juan se envolvió en una manta de caballo que le echaron. Sabía que estaba rodeado de centinelas y era imposible toda tentativa de fuga, al menos en las primeras horas.

Cerró los ojos y trató de dormir.

Una mano le tocó la espalda. Volvió la cabeza. Vió a Calixta tumbada a su lado, la cual empezó a hablarle con la boca casi pegada a su oído.

Le expuso que su rabia contra él fué pura comedia para engañar a los cingaros.

—Si quisiese... si quisiese...; una palabra que dijera y todo estaba salvado.

—Perdiendo a Odette —susurró Juan, que sabía cuánto iba a hacerle sufrir—..., lo he perdido todo.

Calixta le hundió las uñas en la mano hasta hacerle gritar...

—¡Estás loco! —le espetó en voz baja—. ¿A qué me excitas? Tú sólo en mí puedes cifrar tu esperanza.

Juan sonrió con solapada befa. Rara satisfacción era para él, en medio de su desgracia, ver a aquella mujer tan desesperada como él y sometida, como siempre, a su capricho.

—Una palabra—le repitió acercándosele—, y huiremos juntos.

De nuevo sonrió burlonamente. Calixta, tapándole la boca con la mano, agregó:

—Tú no sabes lo que van a hacer contigo. Tú no sabes lo que te aguarda allí abajo, en Sever-Turn. Si lo supieras, reflexionarías, o más bien me dirías: «Vámonos, vámonos en seguida.» No te pido que me quieras; sólo te pido una cosa: déjame salvarte, dime que sí.

—¿Y huirás conmigo?

—Deberé hacerlo, créelo. ¿Qué te lo impide? ¿No hemos sido felices juntos? Recuerda con qué orgullo me enseñabas a tus amigos. ¿No decías que yo no era una mujer como las demás? Acuérdate, Juan, acuérdate. No; yo no soy una mujer como las demás... y sabré, sabré lograr que olvides a tu Odette.

Juan no la atendía. Se había vuelto para indicarle que estaba cansado de oírla; pero Calixta le estrechaba aún más, excediéndose al verle de mármol bajo el calor de su aliento, con el cual le acariciaba los oídos. De pronto se sintió cogida brutalmente y arrojada como un trapo lejos de Juan.

—¡Ah, *ushela!* Perra buena con los rumíes.

Y llovió sobre ella un chaparrón de injurias cíngaras, acompañadas de puntapiés que la incorporaron casi, hirviente de rabia. Una espantosa bofetada la echó por el suelo, sollozante, vencida.

Habiase aprovechado del sueño de Andrés para aproximarse a Juan; pero el cuchicheo de sus súplicas acabó por despertar al gitano, que en seguida intervino a su manera. Nada había que reprochar. Era la orden. Calixta pagó su merecido. Por tanto, juzgó inútil la protesta.

Por la mañana se levantó el campo. Juan fué encerrado en la carreta que sirvió de cárcel a Odette, y toda la banda se encaminó hacia Sever-Turn.

## CAPITULO XI

### HISTORIA DE UN ESPANTAJO Y DE UNA MOSCA

Lo primero que vió Juan en la carreta fué la inscripción grabada a cuchillo indudablemente por Odette: «Socorro, querido Zo.»

Fué aquel momento el más atroz de los sufridos desde que empezó la horrenda aventura.

Así Odette, en su infortunio, sólo *en Rouletabille* había pensado y sólo a él llamó.

El nombre de Juan no parecía por ninguna parte. ¡Querido Zo! ¡Querido Zo! Esa era la locución familiar que con aparente inocencia usara en Lavardens, porque le hizo gracia ese diminutivo infantil de José, que era el nombre de Rouletabille. Y el candor de él, de Juan, había considerado todo eso natural y corriente. ¡Cómo se habían burlado de él!

¡Y él, Juan, sin preocuparse más que de Hubert!  
¡Pero si Hubert era un ángel al lado del cazurrón de Rouletabille!

Así son los sentimientos de los poetas, en todo exagerados, que van del entusiasmo a la execración, a merced del influjo de cualquier miserable suceso. Aquellas pocas letras inscritas en la madera le convencieron más de su desgracia que todos los relatos que Hubert le trajo a raíz de su entrevista con la señora de Meyrens. En todo caso, la inscripción, de modo singular, los confirmaba.

¡Ah! ¡Que se hiciera ahora con él cuanto quisiesen en Sever-Turn! El mundo entero, toda la creación, le producía, a consecuencia de su desastre, invencible tedio. Sólo pedía que le librasen de la vida, de este gran error de Dios.

¡Cuánto más se hubiera convencido (si aún le hiciera falta) de la mentira de la amistad, si hubiere sabido que Rouletabille, precisamente en el momento en que Juan maldecía su traición, le vió pasar prisionero de los gitanos, pegado el afligido rostro al cristal de la carreta; y le vió sin emocionarse, al parecer, sin contraer una sola arruga de su rostro! Ni siquiera hizo ademán de seguirles... En efecto, subrayemos los siguientes renglones referentes a esta fecha:

*Cuaderno de Rouletabille.*—Juan acaba de pasar cercado de cíngaros. ¡El idiota se dejó atrapar! ¿No le hubiera sido mejor seguirme, como le rogué, como le supliqué? Pero el señorito quiso hacer su antojo, hartó del mío. Buen final: heme reducido a la mínima expre-

sión. Sin tropas, me las he de ver quizás con un mundo de enemigos.

Todo depende de lo que pase dentro de un instante.

Ha *treinta y seis horas que espero a Hubert*. No puede ya tardar. He venido hasta aquí apoyándome, como siempre, en mi cara «contera del buen sentido», que me ha enseñado el camino de Sever-Turn. Diga lo que quiera ese pobre Juan, *allí* acudirá *con ella*. Por aquí pasará; estoy seguro.

No podría decir a Juan las razones de mi certidumbre. Lo he pensado bien y, conociéndole como le conozco, aquello sería radicalmente imposible. Debí creerme por mi palabra; pero para creerme es preciso amarme. Y Juan no me quiere.

Me consuela que me adorará dentro de quince días. Entretanto, esto carece de *confort* moderno. Me he refugiado en una vieja choza hecha de adobe. La llanura se extiende ante mí. Detrás se yergue la montaña, y tras la montaña el patriarcado... Estoy en el dintel que no conviene que Odette franquee. Para ella es el dintel de la tumba, como diría el poeta.

Afortunadamente, Hubert no me espera por aquí y no puede sospechar, que le aguardo. Tengo la ventaja de la sorpresa. Es menester que yo triunfe antes de que se dé cuenta del ataque. Sin esto, ¡cáspita!, será para él cosa baladí. Mata las golondrinas al vuelo, de un capirotazo obliga a los toros a morder el polvo, y

gobierna el caballo como el mismísimo Centauro. Sí; pero yo soy más astuto que él... y esto le matará, como decía el padre Hugo.

Desde el punto en que estoy veo ante mí más de una legua de carretera. Veré venir al apuesto jinete... con Odette delante, más o menos sujeta.

Seguramente no tiene que molestarse. Ahora no corre otro riesgo que el de topar con gitanos, con cingaros de Sever-Turn, que en caso preciso le auxiliarán eficazmente.

Sí, pero... He aquí que he urdido una gallardía.

Si no temiera matar o herir a Odette, dispararía mi revólver a bulto (su crimen es patente esta vez), y no creo que el recuerdo de su muerte turbe mis noches. Ahora bien; por consideración a Odette he de asegurar el golpe, esto es, no *he de errar el tiro*. Y he aquí la dificultad. La carretera empieza a encajonarse, pasada la frontera del patriarcado. Hasta aquí va ampliamente descubierta por derecha e izquierda; mi choza se halla al pie de la primera estribación de la montaña, muy lejos para que pueda allí permanecer oculto. Y he aquí el problema. *Es menester que esté al borde del camino y aquí no puedo esconderme, y, sin embargo, es de todo punto preciso que no me vean. ¿Qué hacer?*

Lindante con la carretera hay un campo de trigo. ¡Oh!; pero el trigo, sin sazón aún, tiene escasa altura. Ahora bien; dominando el trigal, y muy cerca del camino, *hay un espantajo*.

¡Sí! Un espantajo para los gorriones.

¡Magnífico! El espantajo viste una extraña casaca, o más bien una levita despedazada que le da cierto tono de elegancia. Tiene los brazos extendidos en cruz, como si fuera a bendecir la mies naciente. En fin, lleva un sombrero de alas caídas que da a toda su persona cierta gallardía...

¡Comprendido!

Me enfundo en el espantajo, me encasqueto el sombrero hasta los ojos para que me cele la cara, abro los brazos en cruz, y por fin oculto en la manga, felizmente muy larga, del espantajo mi seguro revólver, dispuesto a disparar. El señor pasa por mi lado indiferente, rozándome, sin saber lo que soy, y... ¡zas!, a quema ropa le deshago la cara... ¡y todo concluido! R. I. P. Este querido Hubert muerde el polvo... Salvo a Odette... Ya se verá luego si Hubert quedó muerto...

—¡Atención! Columbro a lo lejos polvareda en el camino... Pronto, ¡al espantajo!

.....  
Las notas del cuaderno se reanudan con fecha del día siguiente... Pero hemos de destacar estas líneas con que termina la extraordinaria historia del espantajo.

Rouletabille pinta en ellas los hechos como si ocurrieran en aquel momento:

«Hace ya un cuarto de hora que estoy con los brazos en cruz, y sin moverme, como si realmente fuese

de madera. Empiezo ya a sentir calambres. ¡Ese animal que iba a llegar en seguida! Me refiero al caballo que Hubert lleva al paso, para que descanse de la larga carrera... Aquí se siente seguro... Deja al animal que respire a sus anchas... Entretanto, estoy en una postura fatigosa... De todos modos, debiera apresurarse un poco...

»Estos calambres... estos calambres...

»¡Ah! Y cómo anda el caballo... Ahora el animal (esta vez me refiero a Hubert) hace trotar a la bestia... Bueno... Siento un hormigueo en los pies. ¡Chist! Hubert lleva al paso al caballo...

»¡La paciencia que ha de tener un espantajo!

»Ahora trota ligero... Por fin ya está aquí... Empuño el revólver con la diestra... Pasan unos segundos; percibo ya el jadear del caballo...

»¡Mil diablos! No me bastaba el hormigueo de los pies, cuando he aquí que, en este preciso momento, *una mosca*, mosquito o pulgón, cualquier cosa, viene a posarse en la punta de mi nariz, y con una palmada inconsciente de mi mano izquierda me propino un resonante sopapo. ¡Un tiro! La bala hace saltar mi sombrero...»

## CAPÍTULO XII

Será nuestro combate el de dos torrentes,  
o el choque de dos vientos que vengan de puntos diferentes...  
Seremos dos hogueras cuyas llamas enemigas  
se lancen a devorarse con furia inaudita.

(Obras completas de Rouletabille.)

**R**OULETABILLE llevó tan a mal este ridículo incidente, que pudo costarle la vida, que sus notas sobre el combate que siguió son muy concisas, y sería muy difícil sólo con ellas reconstituir los episodios.

Afortunadamente, Rouletabille era a ratos expansivo y hablador, y he aquí cómo contó el suceso antes de tener el capricho de ponerlo en verso, cierto día de melancólica tristeza...

«Sentí el soplo de la bala, pero la conciencia de mi propia estupidez me dejó tan atontado, que me quedé con la cabeza descubierta, expuesto a los bríos de Hubert, que, naturalmente, me reconoció en seguida. Pudo, pero no creyó conveniente asesinarme. Y lo